



Pax Christi

Queridos hermanos,

la solemnidad de la Virgen María Asunta al cielo, nuestra celestial patrona, me ofrece la oportunidad de dirigir a todos mi saludo paterno y encomendar a vuestras oraciones este nuevo sexenio que Dios nos ofrece para caminar juntos " Apostólicamente disponibles " .

El texto del Apocalipsis que nos propone la liturgia de la Asunción habla de una mujer que está por dar a luz, ocupada en dos frentes: uno personal en el dar a luz a un hijo, en abrir a la vida un hombre; y el frente relacional, que la muestra entregada en el defender a este niño de las amenazas del mal, dispuesto a quitarle la vida a este niño, sin embargo, Dios interviene y rescata al niño llevándoselo y a la mujer ofrece un refugio.

La perícopa termina con la aclamación: "Ya llegó la salvación, el poder y el Reino de nuestro Dios " que resuena con tonos maravillosos y en todas las facetas en el Magnificat de María propuesto por el Evangelio. Al mismo tiempo, la Virgen canta a un Dios que se interesa visceralmente por ella, por los hombres y mujeres de todas las generaciones, y lo hace de manera concreta, con acciones directas. ¡Dios cuida de los hombres y mujeres de todos los tiempos, Dios actúa por un interés visceral del que nosotros hacemos experiencia plena y concreta!

El misterio de la Virgen Madre de Dios se realiza entre la acogida del actuar premuroso, diligente y eficaz de Dios y la plena disponibilidad para hacer presente ese Dios en acción, a Jesús ¡Verbo concreto del Padre, hecho carne!

María canta a Dios que se preocupa ya cuando - *speude*, sin titubear, sin división– ha personalmente experimentado a Aquél que miró la humildad de su sierva y la salvó dejándola colma de la Vida, ella se pone de inmediato en camino y encuentra a su prima para estar con ella, para cuidarla. ¡Para llevarle ese Cuidado que vive en ella!

Me pregunto: ¿Qué nos dice a nosotros, Clérigos Regulares de la Madre de Dios, Sacerdotes Reformados de la Santísima Virgen María, recién salidos del 112º Capítulo General? La respuesta es inmediata, para nosotros que tenemos como modelo de vida cristiana a la Virgen Madre de Dios, a nosotros que deseamos dar una forma mariana a nuestra consagración al Padre siguiendo a Cristo tras las huellas de Juan Leonardi, la fiesta de nuestra celestial patrona sugiere como clave de lectura cada decisión tomada y de cada discernimiento por hacer: ¡el cuidar!

Cuidar, sentir un interés diligente y reflexivo por el otro, que compromete tanto nuestro ánimo como nuestra actividad. Dejarse mover expeditamente, por el impulso de Dios, hacia el otro. Él que por nosotros y por nuestra salvación se encarnó en el seno de la Virgen María y se hizo hombre.

El Fundador seguramente nos diría poner el corazón en los asuntos de la Congregación, sentirse cada uno responsable del otro a la medida de Cristo, y junto con todos aquellos confiados como Isabel o incrédulos como Zacarías. ¡Dios quiere llegar a ellos para salvarles y traerlos hacia Él!

La Asunción también nos recuerda: Dios es nuestro refugio en el desierto de los humanos egoísmos, Dios nos conduce hacia Él, por medio de su Hijo, crucificado y resucitado por nosotros. ¡María, que se hizo don para Dios y para el hombre, participa ya de esta dimensión salvífica, ella está presente como signo de segura esperanza! María nos inserta en este movimiento éxtasis divino, un desplazamiento íntimo que hace salir de uno mismo para ir al encuentro del otro, a ser prójimos y pródigos.

Cercanía y cuidado concreto: esta es la conversión pastoral a la que estamos llamados.

Constituirnos en estado de misión, con los ojos, oídos y sobre todo con el corazón abierto, para hacer propias las necesidades y las exigencias de los hermanos, para dar mayor gloria a Dios y magnificarlo en el servicio que en su Nombre les ofrecemos.

Pero, ¿quién es nuestro prójimo? Propondría de iniciar con cuidar literalmente de los que nos están más cerca, que comparten con nosotros la vida fraterna, que forman parte de nuestras comunidades: de cada hermano. Aquel que participa conmigo del gozo de llevar a los hombres el Tesoro recibido, aun con la fragilidad constitutiva de la vasija, pero dispuesto a dejarse continuamente modelar y re-formar por el Divino Alfarero.

Cuidémonos mutuamente, en nuestras comunidades, en el estar juntos ante Dios, en fidelidad a los ritmos de la oración común que es el respiro misionero de la Orden. Cuidémonos en el saborear la alegría de la vida fraterna, en la formación compartida, también en aquellos caminos de reconciliación que son indispensables para superar las dificultades de los conflictos, para sanar las heridas que la vida fraterna conlleva. Tengamos un especial cuidado apostólico, como exige nuestro carisma, de las Comunidades Formativas, como fragua de religiosos. Cuidemos especialmente las Comunidades Formativas como fragua de religiosos " a la apostólica" según el deseo de San Juan.

Desde la experiencia comunitaria de Dios, que a través de nosotros nos cuida, podemos avanzar, con prontitud y con la máxima responsabilidad, como el D.F. del Capítulo General al n. 7 con las palabras del Fundador nos invita a hacer, a cuidar de la Iglesia y de todos aquellos "lugares de malestar social o inmoralidad, esclavitud y explotación, inmigración, violencia".

En este tiempo de gracia, magnificamos juntos a Dios por el don de los nuevos novicios en Indonesia (Roberto Carlos y Rupertus Sumardi) y Nigeria (Nnamani Solomon y Andrew Asiegbu), por el don de la próxima profesión temporal en Italia (Luigi Bilotto) y de la inminente ordenación presbiteral de nuestros hermanos en Nigeria (Philip Okafor, Emmanuel Agber y Emmanuel Udoh).

Deseo a todos todas las gracias de Dios a través de la intercesión de la Reina de los Ángeles, nuestro refugio y protección, y de San Juan Leonardi, nuestro padre.

San Ferdinando di Puglia, 5 de agosto de 2022

Devotamente
P. Antonio Piccolo OMD
Rector General

Trad. RPB